



—Yo sé que el casero no admite perros; pero yo daré a usted dos duros si es discreta.
—¡Seré muda, señorita! Ayuntamiento de Madrid
—Pero le advierto que tengo otro perro...
—Bueno; ese otro perro se lo dejaré en seis pesetas.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 --).....	10,40 --
Año (52 --).....	20 --

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 --).....	12,40 --
Año (52 --).....	24 --

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 --
Año.....	32 --

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A.. Apartado 605. Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

Los famosos
polvos insecticidas

LEYER y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción
de toda clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE SEPTIEMBRE

Segunda serie de soluciones

DIEGO HURTADO.—Barcelona.

Señorita Nicasia Vavarrete.

Encantadora señorita,

Quando la vi antes ae anoche en nel teatro Ildfonso, quedé apasionadamente henamorado de V. y al ver su modo retrechero de llevar el traje bien ceñido a su cuerpo ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de V. me vuelva un arrabalero. Y por eso la envío estas cuatro letras con un cheque 87439 para devolvérmelo con su contestacion dandome el si un no que precederia breves minutos mi satisfacion
Esperando que no será de satendido en nespera de su más tierno y rendido adorador q. b. s. m.,
Aristogenes Soler.

2 Septbre. 930.

Presente.

ENRIQUE GINER.—Cabañal.

Señorita Nicasia Villanova.

Encantadora señorita,

Quando la vi antes ae cenar con mi amigo Ildfonso, quedé apasionadamente prendado de Vd. y de su modo retrechero de llevar consigo el perrito, no duermo ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida desde entonces se semeja a un tango arrabalero. Y por eso la envío mi carta, con mi teléfono n.º 87439 para devolvérmelo con su contestación un si alegría un no que precederia breves momentos el rumbo de mi vida.
Esperando que no será usted tan ingrata. Se despide su más tierno y rendido adorador que la quiere,
Aristogano Dasi.

2 Septbre. 930.

Madrid.

MAXIMA COLAS.—Guadalajara.

Señorita Nicasia Vandria.

Encantadora señorita,

Quando la vi antes ae ayer en la calle de San Ildfonso, quedé apasionadamente prendado de su modo retrechero de llevar el paraguas. Ya no como ni bebo, Nicasia, y mi vida deslízase cual la de un taita arrabalero. Y por eso la envío adjunto un décimo n.º 87439 para devolvérmelo con un encantador "si"; ya que no un no que precederia breves momentos al suicidio de un infeliz
Esperando que no será lo último sino lo primero, queda su más tierno y rendido adorador que desfallece,
Aristoglio Memez.

2 Septbre. 930.

Madrid.

FRANCISCO MORER.—Anquita (Guadalajara).

Señorita Nicasia Viales.

Encantadora señorita,

Quando la vi antes ae entrar en la iglesia de San Ildfonso, quedé apasionadamente enamorado de su modo retrechero de llevar el pañolón. Por Vd. ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida de ahora es cual la de un misero arrabalero. Y por eso la envío este billete con el botones n.º 87439 para devolvérmelo con su contestación. Descarto la idea de un no que precederia breves momentos a un suicidio feroz.
Esperando que no será Vd. desdñosa conmigo, queda su más tierno y rendido adorador eterno,
Aristogero Cesante.

2 Septbre. 930.

Presente.

JUAN ANTONIO RODRIGUEZ.—Daimiel (Ciudad Real).

Señorita Nicasia Varela y Rosca.

Encantadora señorita,

Quando la vi antes a lado de mi entrabale amigo Ildfonso, quedé apasionadame su hermosura su modo retrechero de llevar el Pelo a lo Manolo ni bebo, Nicasia, y mi vida de ber cosa mas mal cortado arrabalero. Y por eso la envié que se lo arreglaran el año 87439 para devolvérmelo como lo tenia
un no que precederia breves mspiros Para mí.
Esperando que no será de molestia a Idfonso su más tierno y rendido adorador el Peluquero
Aristogrito 22-3.º pial.

2 Septbre. 930.

Ildefoso.

ANGEL GARCIA PERATE.—Madrid.

Señorita Nicasia Velloso.

Encantadora señorita,

Quando la vi antes ae ayer, cruzando airosa la plaza de San Ildfonso, quedé apasionadamente enamorado como un loco de V. por su modo retrechero de llevar el gracioso contoneo. La vi y ya ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida definitivamente daría por V. este pobre arrabalero. Y por eso la envío con gran cariño mi cronómetro n.º 87439 para devolvérmelo con su retrato y un si muy grande: nunca un no que precederia breves minutos a mi muerte.
Esperando que no será desatendido mi ruego, queda de V. su más tierno y rendido adorador que sin V. no vive.
Aristogenes Blanco.

2 Septbre. 930.

Madrid.

LUIS SANTAMARIA.—Madrid.

Señorita Nicasia Velázquez.

Encantadora señorita,

Quando la vi antes ae ayer por la plaza de San Ildfonso, quedé apasionadamente prendado y cautivado de su modo retrechero de llevar el mantón. Pensando en Vd. no como ni bebo, Nicasia, y mi vida deslízase constantemente por ese barrio arrabalero. Y por eso la envío junto con mi declaración la cédula n.º 87439 para devolvérmelo con su contestación, la cual espero no sea un no que precederia breves instantes a mi muerte.
Esperando que no será Vd. ingrata con este su más tierno y rendido adorador,
Aristogenes Sánchez.

2 Septbre. 930.

Madrid.

ENRIQUE MARTINEZ.—León.

Señorita Nicasia Villante.

Encantadora señorita,

Quando la vi antes aV. en el paseo de San Ildfonso, quedé apasionadamente admirado de su modo retrechero de llevar e mantón, y créame V. que ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida de arrastrado, perdido y un tanto arrabalero. Y por eso la envío el décimo correspondiente al n.º 87439 para devolvérmelo con una esperanza y no con un no que precederia breves momentos angustiosos y desesperados.
Esperando que no será una ofensa para V., se despide su más tierno y rendido adorador q. b. s. m.,
Aristogarrandieta.

2 Septbre. 930.

Riello (León).

Fijapelo

Varon Dandy



UNICO EN EL MUNDO
Rechace imitaciones

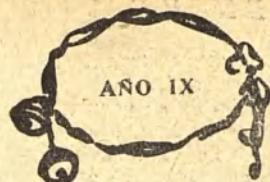
*Perfumeria
Parera*

A. BIANCHI



El parroquiano.—¿Cuánto cuesta el radio?
El farmacéutico.—Mil quinientas libras cada gramo.
El parroquiano.—Entonces, deme usted una peseta de pastillas para la tos.

(De Everybody's.)



Los sensacionales reportajes de «Buen Humor»

Peter Kuerten, el vampiro - apóstol

Prólogo.-Una cárcelera guapa.-Peter, Jack y Lardú.-El vampirismo, actividad de vanguardia.-Largos años de lucha.-Predilecciones del vampiro



Los escritores que tenemos una vaga noción de la Geografía, que somos muchos, cuando en los periódicos comenzaron a publicarse telegramas relatando las atrevidas andanzas del vampiro de Düsseldorf, comentábamos siempre en nuestra casa a la hora de cenar:

—Estos periodistas... ¡Hay que ver qué cosas tan graciosas se les ocurren!

Y variábamos de conversación para que los niños pequeños no se impresionasen demasiado y durmieran tranquilos; pero más tarde, cuando las personas mayores nos quedábamos solas, leímos en alta voz las espeluznantes noticias y nos permitíamos emitir nuestros pareceres acerca de su veracidad.

¡Diablo! ¿Acaso Düsseldorf existía realmente? ¿Tal vez se trataba de una capital de provincia de alguna importancia? Y empezamos a sentir la necesidad de averiguar algo relativo a la referida población, para lo cual hacíamos preguntas a los chicos conocidos que estudiaban Geografía Universal.

—Vamos a ver, señor estudiante—decíamos con ese gesto de estúpida pedantería con que solemos molestar a los pequeños para comprobar si saben algo que casi siempre ignoramos—, ¿dónde está Düsseldorf?

Así nos fuimos orientando, y cuando la fama de Peter llegó a la cumbre y la incógnita acerca de su personalidad estaba despejada, ya teníamos una referencia muy aproximada de dónde podíamos encontrarle. Entonces decidimos ponernos en camino para hacer este sensacional reportaje.

EN DÜSSELDORF

Fumábamos un pitillo en el "hall" de la prisión. Una linda cárcelera lujosamente ataviada

con camisa y cofia de seda carmesí, a quien habíamos entregado nuestra tarjeta para que la hiciera llegar hasta Kuerten, reapareció diciéndonos:

—Don Peter está terminando de bañarse y ha dicho que en seguida va a recibir a ustedes.

Luego desapareció cantando:

Yo no soy eterómana
ni vampiresa,
y eso es, cariño mío,
lo que me pesa,
que si lo fuera,
que si lo fuera,

no me tendrías, vida,
de cárcelera.

A los pocos minutos estábamos en presencia de Peter Kuerten y comenzamos nuestro interrogatorio.

—Díganos algo que se relacione con las hazañas de usted, que tanta atención han despertado—rogamos.

—Con mucho gusto—contesta—. En primer lugar le diré que estoy muy descontento con la prensa.

—¿Es posible?

—Sí, señor. Se ha dedicado a decir que yo ejercía mi profesión para vengarme, por odio a la Humanidad, y eso es absolutamente falso.

—A ver: explique.

—Yo no odio a la Humanidad; al revés. Me considero un apóstol...

—Este hombre se hace el loco para que le recluyan en un manicomio—pensé yo—. ¡La de todos!

Pero Peter continuó:

—... Me considero un apóstol, porque he librado a muchos hombres de la tiranía conyugal. Que lo sepa ya el mundo de una vez: a mí me daba grandes palizas mi esposa en cuanto me deslizaba lo más mínimo, y yo he querido librar a mis compañeros de sexo del martirio que a mí mismo no me he podido evitar por aquello de que "en casa del herrero cuchillo de palo".

—Pero usted ha matado a muchas solteras y aun a niñas de ocho años.

—¿Y qué? ¿Es que esas muchachas y esas niñas no hubieran llegado a mujeres y no habrían dado "marcha" a sus maridos, andando el tiempo, igual que todas las demás?

El semblante de Kuerten empalidece y el terrible vampiro tiembla ahora como debía temblar cuando se quedase a solas con su mujer en la modesta bu-

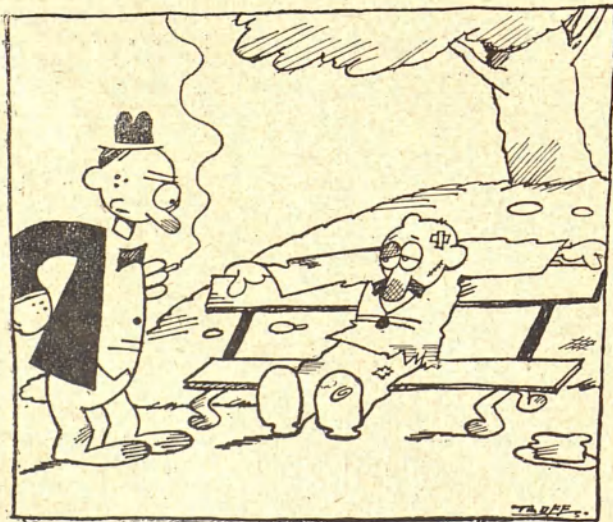


Dib. SILENO.—Madrid.



—¡Pobre amigo! ¡Quién iba a pensar esto!
—¡Ya, ya! ¡Quién se iba a figurar que un hombre tan sencillo iba a morir de una pulmonía doble!

Dib. MORÁN.—Madrid.



—¡Caramba, don Amadeo! ¿Qué le pasa? ¿Alguna rifa..., algún atropello?
—No, señor. Que he ido a una conferencia política.

Dib. TOROFF.—Albacete.

hardilla de la Menttmanstrasse. Continuamos nuestro reportaje:

—¿Está satisfecho de su popularidad?

—Mi historia es antigua, señor—dice con un amargo gesto de incomprendido—. A los diecisiete años comencé a ejercer el vampirismo, y hasta ahora, que tengo cuarenta y siete, no se han ocupado de mí el público ni la crítica... ¡Creo que ya era hora!

—Se le ha comparado a usted con Jack, “el Destripador”; con Landrú y con otros “ases” del vampirismo.

—Ganas de molestar. Esos no eran vampiros. El vampirismo es una actividad de vanguardia, cuyo precursor soy yo, y esas comparaciones me entristecen y dañan mi prestigio. ¿No se entristecería Mussolini si le dijeran que Guillermo II había sido un buen fascista?

—¿Está usted satisfecho de sí mismo?

—Mucho. Creo que tengo un estilo personal, y me vanaglorio de ser el fundador de una nueva escuela. Auguro a mis imitadores grandes éxitos, sobre todo en los países en que el divorcio no existe.

—¿A qué piensa usted dedicarse en la prisión?

—Eso, ni se pregunta. ¡A escribir! ¿Conoce usted a algún hombre de fama que se dedique a otra cosa cuando se ve imposibilitado de ejercer su profesión habitual? Los ex presidentes de los Estados Unidos, cuando terminan el período presidencial, envían a *A B C*, ese periódico madrileño, largos artículos explicando su vida en la Casa Blanca; los políticos españoles, durante la Dictadura, han escrito grandes y graciosos libros; el rey Carol de Rumania, mientras la señora Lupescu le planchaba los pijamas, escribía en su villa de Neuilly. ¿Qué voy a hacer yo ahora? ¡¡Escribir!!

—¿Tiene pensado algo de su futura obra literaria?

—Sí; proyecto un libro que se titulará “La ley de fugas aplicada a las esposas frívolo-castigadoras-adúlteras”.

—Muy interesanhte. Y para terminar, voy a abusar de usted haciéndole las preguntas de ritual en toda interviú.

—Estoy a sus órdenes.

—Muy amable. ¿Cuál es, a su juicio, el político más interesante?

—Mauricio Chevalier.

—¿Sus escritores preferidos?

—Sánchez-Mejías y Mistinguette.

—¿Los mejores filósofos?

—Jack Dempsey y Martínez Anido.

—¿Los actores más geniales?

—Unamuno, Romanones y la señora Salvajini Naidú.

—Gracias.

Y estrechando la mano delincuente de Peter, abandonamos la confortable prisión de Düsseldorf, deseosos de hacer llegar a los lectores las interesantes declaraciones del hombre que en estos momentos es considerado como uno de los más firmes prestigios de Europa.

JOSÉ MARÍA AGUIRRE



—¿Y no te has dado cuenta de que llevo vestido nuevo?

—No, hija; ¡como todavía no me han mandado la factura!...

Dib. SAMA.—Madrid.

MAS GREGUERIAS MÍAS

(Véase el número pasado, y el que no lo pueda ver, que me vea a mí, y le recitaré de memoria las ya publicadas, y hasta algunos versos de Bécquer, de los más tristes, para que se vaya contento)

En vista del extraordinario éxito que yo me he figurado (con repugnante soberbia) que han debido de tener las anteriores *greguerías* mías, confeccionadas sin omitir gasto ni sacrificio alguno, me precipito hoy a elaborar las que se me quedaron en lo profundo de la mente, aunque alguien lamente que no se me hayan seguido quedando para siempre en tan apartado y estúpido lugar.

De modo que procedo a continuar en la insensata forma que ustedes van a tener el placer de ver en este poético momento.

¡Oído, y que Dios les coja a ustedes del mejor talante posible para soportar

el cataclismo de prosa que se les viene encima!

Hay una clase de copas que se suben a la cabeza, sin que lo pueda remediar ni la Divina Providencia.

Son las copas de los sombreros.

Claro es que cuando están en una percha no se suben; pero este caso excepcional es un caso del que no podemos hacer caso, salvo en el caso en que nos empeñemos en hacerlo, en virtud de una obcecación idiota.

Una docena de pasteles, hechos por un confitero, pueden producir un cólico o no producirlo.

Tres pasteles hechos por Romanones producen seguramente un gobierno de concentración liberal, que hoy sería bastante peor que el coliquito mencionado.

Los sastres que celebraron aquella famosa becerrada se desacreditaron en su oficio para siempre.

Porque, ya en el momento de hacer el paseo las cuadrillas, vió el público que ninguno de ellos tenía buenas hechuras.

Los números de música de Guerrero son como los ataques de apoplejía.

Que la primera vez pueden no producir estragos irremediables, pero si se repiten no hay remedio para el que los padece.

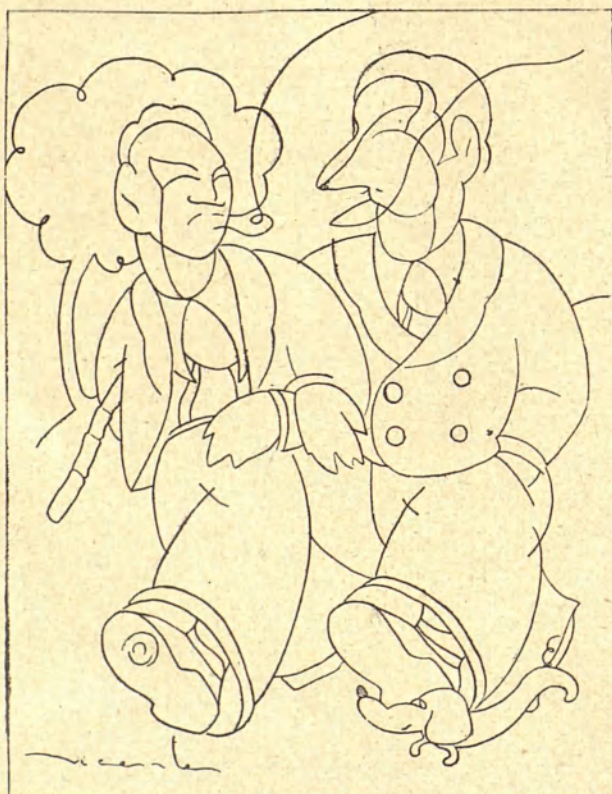
Aquel encendedor que regalaron al monarca extranjero se construyó con las mismas normas y los mismos honores que los monumentos célebres.

Ahora que se hizo al revés que en éstos, porque hasta que el encendedor no estuvo concluido no se celebró la ceremonia de la colocación de la primera piedra.

Pero es que, ¡naturalmente!, no podía ser de otra manera.

Entre las varias cosas que ocurrieron en el Alcázar Real durante el largo y mal alumbrado reinado de Felipe II, hay una en la que no han parado la atención los historiadores más conspicuos.

Porque resulta que nadie había caído en que las bofetadas que dió el rey en el interior de palacio fueron todas, necesariamente, tortas de Alcázar.



—¿Has visto en los terremotos de Italia? Mesina ha sido una de las ciudades más castigadas.

—¿Sí?

—Sí; como que ya no quedan más que "siete mesinos".

Dib. VICENTE.—Madrid.

Las cosas heterogéneas, ya dice la Aritmética que no se pueden sumar, por muchas fuerzas que uno haga.

Hay, sin embargo, una excepción.

Que es la del cazador y el morral.

Y lo demuestro de la sencilla manera siguiente:

Un cazador y un morral, hay muchas veces en que son dos morrales.

¿Y puede haber suma más exacta?

Hubo un guasón que apostó a que conseguiría que el tren expreso de Sevilla no llegase a su destino en doce días.

Y para conseguirlo colocó un gramófono en el kilómetro 225.

Y el tren, al ver el disco, se quedó parado, hasta que llegó el duodécimo día y el guasón se compadeció de él y se llevó el gramófono.

Que, si no, allí estaría todavía el infeliz expreso.

Se puede ser analfabeto y disimularlo.

Se puede ser mentecato y que no lo note la gente.

Pero es imposible ser un melón, sin que le calen a uno inmediatamente.

Yo he oído muchas veces decir a personas cultas y bastante formales que hay por el mundo muchos negros que se visten de blanco.

Pero juro con toda mi energía que esa afirmación es una infamia.

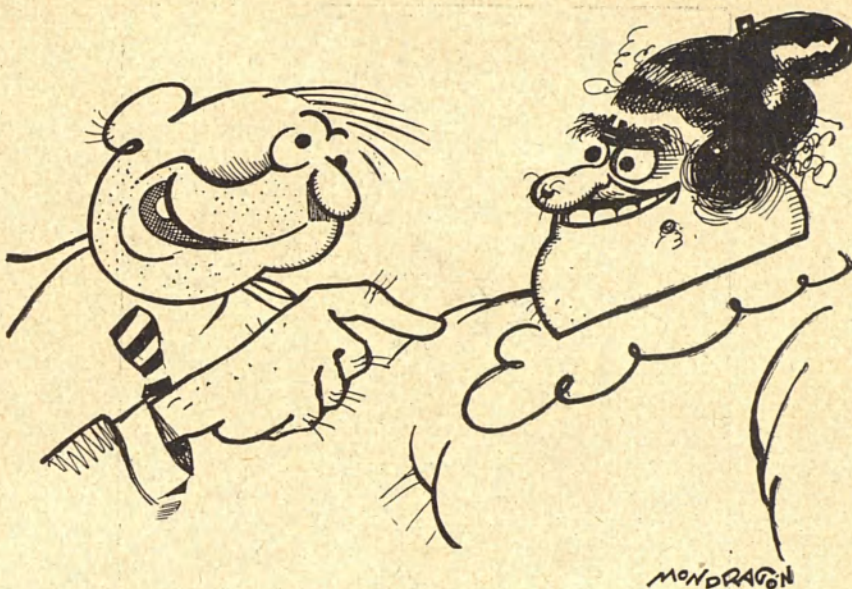
Un negro puede ponerse un traje blanco; eso desde luego, y le reconozco tal derecho.

Pero que un negro se vista de blanco es imposible, y me juego la cabeza con el que diga lo contrario.

Aquel tenor cantaba el "Fausto" de un modo tan indigno que lo convirtió en "infausto" a la segunda representación.

Y así siguió hasta que las personas influyentes consiguieron que el cantante fuese a la cárcel por su propio pie y para siempre.

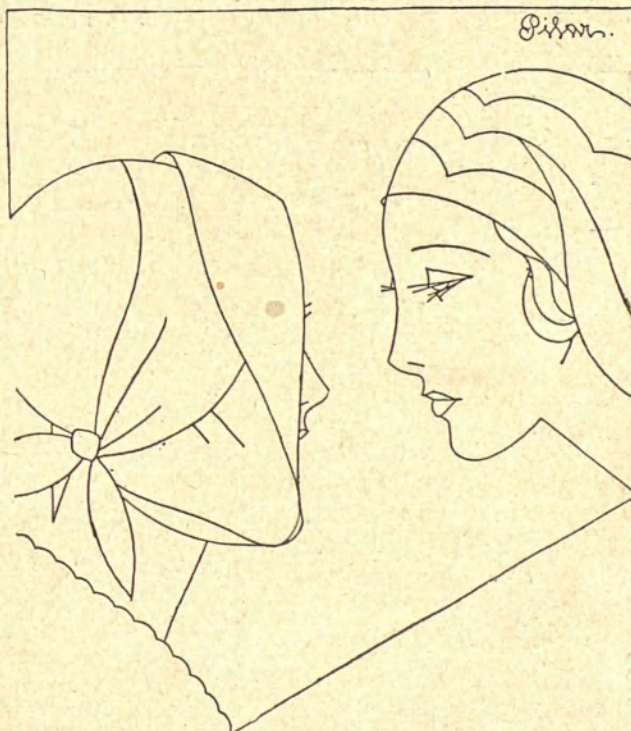
ERNESTO POLO



—Enhorabuena, don José; ya sé que ahora vive usted con opulencia.

—No, señora: con Clemencia.

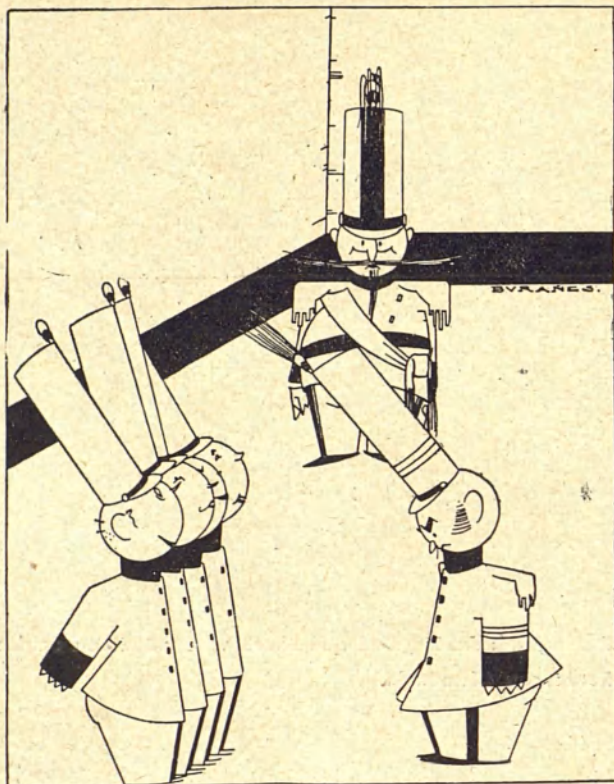
Dib. MONDRAGON.—Barcelona.



—Pues chica; yo no soy exigente en cuestión de marido. Me basta con que sea joven, inteligente, guapo y rico.

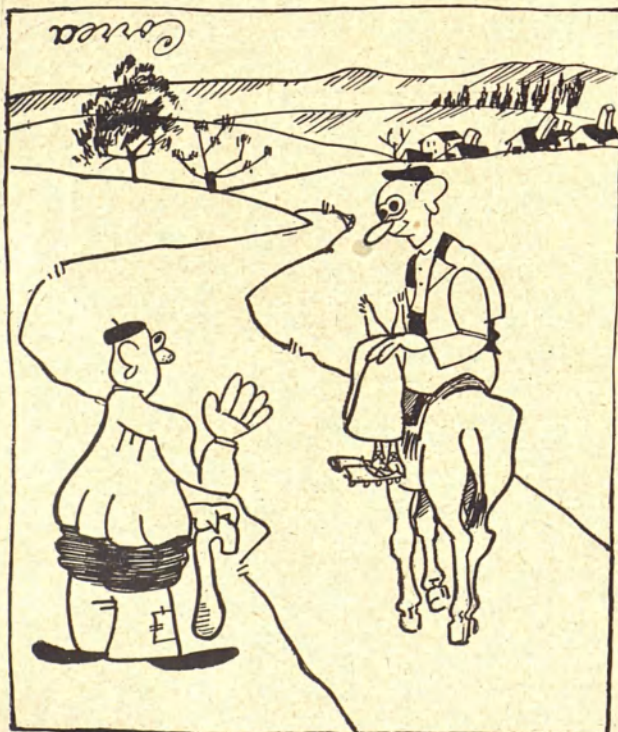
Dib. PILAR.—Madrid.

Limpia, fija y da esplendor



—¿En qué se diferencia un coronel de un soldado?
—En los bigotes.

Dib. BURAÑES.—Madrid.



—¿Y qué hacen ustedes en este pueblo con un agua tan mala?
—Pues primero la hervimos.
—¿Y luego?
—La filtramos.
—¡Ah! ¿Y después?
—¡Qué cosas tiene usted! Después bebemos vino tinto.

Dib. Concha.—Madrid.
Ayuntamiento de Madrid.

De cuantas absurdas modas
la juventud ha adoptado
la más imbécil de todas
es la del *pelo planchado*.

Plasta odiosa que destruye
del cabello la belleza;
y mancha, y pudre, y obstruye
los poros de la cabeza.

Líquido sucio y viscoso
peligro de la salud;
engrudo con que hace el oso
nuestra banal juventud.

Cosmético al que la gente
llama *fijador* hoy día,
porque *fija*, ciertamente,
la juvenil tontería.

Mejunte a cuyo reflejo
rayano en el esplendor,
es la cabeza un espejo
de la *oquedad* interior.

Esencia falta de esencia
que lucen los mentecatos
para hacer la competencia
al betún de los zapatos.

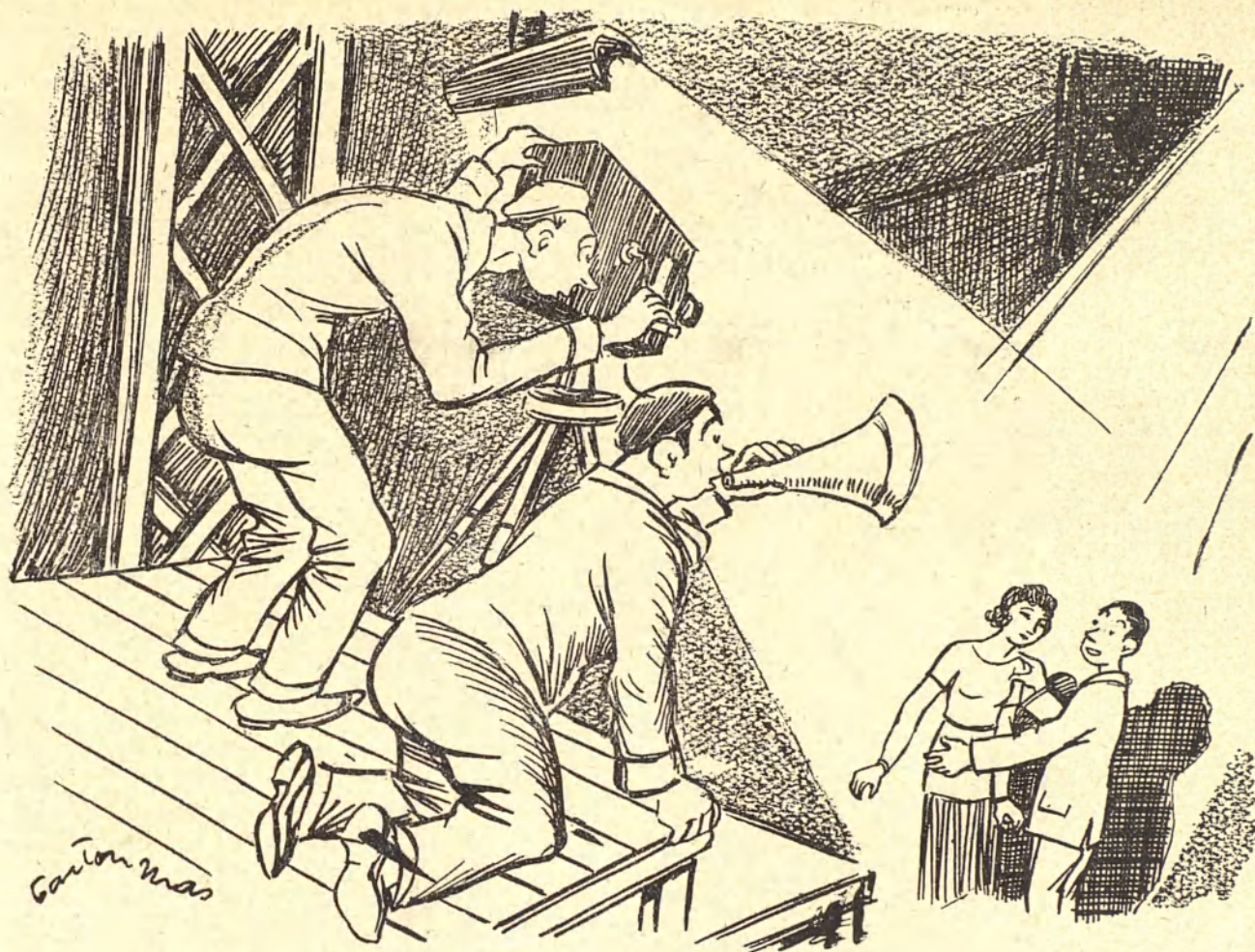
Insensatez manifiesta
con que el pelo, tieso y sucio,
forma una especie de cresta
encima del occipucio.

Y cuando el efecto pasa
de la estúpida loción,
forma en la testa una masa
de pelo, polvo y jabón;
que engruda la superficie
del peinado, y además,
finge súbita canicie
cuando es suciedad no más.

¿En qué fecha, como es justo,
por lógica, y por hombría,
y por cordura y buen gusto,
y hasta por coquetería,
lo mismo pollos que viejos
desterrarán esa moda,
y no querrán más reflejos
sobre la cabeza toda
que el que da el suave negror
de un pelo joven, o bien
el de las canas, blancor,
que es hermosura también?

¿Cuándo querrá Dios del Cielo
desterrar la pasta esa
y que, lo mismo en el pelo
de nuestros *pollos frambuesa*
que en el de los otoñales
no se observen para nada
otras gracias capitales
que aquellas que les fué dada
por Dios, a apéndices tales
de orlar una frente honrada,
limpia, sencilla y cuajada
de pensamientos leales.

JAVIER DE BURGOS



—¡Pero, hombre! ¡Esa escena de amor está muy mal, muy mal!
—De eso tienen ustedes la culpa. ¡Se empeñan la haga con mi mujer!

Dib. GASTÓN MÁS.—Paris.

SUICIDIO FRUSTRADO

CUENTO ANECDÓTICO

“Polvorón” se levantó desesperado aquella mañana. ¡No podía más! Eran muchas sus trampas, y trampas “memias”, que era lo malo; porque si debiera mil reales a una sola persona, con no ponerse a tiro “der tá”, estaría resuelto el problema; pero, deber seis reales al boticario, dos pesetas al registrador, real y medio al juez, dos perras al “Patabolas”, cuatro gordas a la comadre, un real al cosario, una misa de a peseta a San Roque, medio duro en el Casino, cuatro rondas de manzanilla en la taberna del “Cuco”, un pantalón a la ditera, dos napoleo-

nes al médico, y así, por el estilo, a éste, al otro, y al de más allá, hasta sesenta y dos duros justitos y “reon-dos”, era la “mardisión” del gitano: “¡Anda y premita un débé que te veas arrodeao de trampas menúas!”

A “toíto” el pueblo lo tenía “pringao” en aquellos sesenta y dos duros que parecían sesenta y dos mil, a juzgar por las milenta y dos excusas que tenía que dar diariamente y las mil y milentas noches que llevaba sin pegar los ojos, pues apenas se echaba a dormir, se le aparecían, como fantasmas ensabanados con sus pucheros y

sus velitas, el boticario, el registrador, el juez, “Patabolas”, la comadre, el cosario, San Roque, el del Casino, la ditera, el médico... y la caterva sin fin de acreedores que así le dejaban conciliar el sueño como a mí el obispo decir misas.

¿No era esto para pegarse un tiro? ¿Pues para cuándo, si no, se inventó la pólvora?

Y cogió su escopeta, la cargó a baquetazos furiosos, se puso el cañón bajo la barba y dió con el pie al gatillo.

¡Pobre perro! ¡Infelice “Palomo”!

¿Quién había de pensar que aquella era la última vez que movía el rabo? ¿No comprendiste, pobre animal, que no era de caza a lo que iba "Polvorón"? ¿No viste que era mucho atacar con furia loca la escopetilla? ¡Así reventó ella y tú pagaste con la vida la saña de "Polvorón", que sólo se ahumó el bigote, se quemó las cejas y se chamuscó una bota!

—¡Adiós, "Palomo"!—dijo "Polvorón" enternecido, y firme en su idea, salió de estampía para la botica, a pedir una pastilla de sublimado corrosivo, con el achaque de lavarse el chamuscón de las cejas.

¡Ya tenía en sus manos la llave de la Eternidad! Aquella pastilla era la solución. La besó conmovido.

Y apenas llegó a su casa, se echó a la boca el comprimido, lo paladeó con fruición, tragóselo al fin, se tendió en la cama, cerró los ojos y notó... que se le aclaraba la voz por momentos.

Corrió a la botica.

—Pero ¿qué joroba de "sublimao"

es éste que aclara la voz y sabe a menta?

—¡Bendito Dios!—repuso el boticario—. Pero ¿te has tragado la pastilla? ¡Ay, padre mío, gracias! ¡Que siempre que me equivoque sea así! Perdona, "Polvorón"; te he dado un comprimido de mentol y cocaína...

—¡Mira "er" tío "tiriri"! Pos no se sale usted con su gusto, porque ahora mismo me voy a la torre y me tiro de cabeza. ¡Hasta "er" día "der juisio"!—

Y entró en la iglesia, rezó un credo y subió por la escalerilla de la torre.

—¡Ajaja!—dijo cuando se vió en el campanario—. Me ahilo antes de llegar "ar" suelo. "¡Perdónanos nuestras deudas!..."

Y tiró el sombrero, se tiró él, y ¡plaf!, fué a caer sobre una carreta llena de paja que pasaba en aquel momento. ¡Muy blandito!

—¡"Vágame" San "Vargamé"!—decía "Polvorón" bajando de la carreta—. ¿Y por qué no estaría "cargá" de alfileres de punta y chinitas del río? ¡Se necesita tener mal "ga-

rio! ¿Le parece a usted mi sino, hombre? ¡Vamos, es "pa" tirarse "ar" río! ¿Qué has dicho, "Polvorón"? ¿Cómo "pa" tirarse al río? ¡Pero que ahorita! No hay que dejarlo "pa" Carnestolendas, no se vayan a "creé" en "er" pueblo que lo que estoy yo haciendo hoy es cosa de chufia. ¡A la puente, "Polvorón"!—

Y en dos zancadas se plantó sobre el pretil del viejo puentecillo romano. Se santiguó, dijo: a la una, a las dos y a las tres, y se zambulló en el líquido elemento... Y ya empezaba a tragar elemento líquido, cuando, héteme aquí a Joselón, el guarda del canal, que ve a aquel hombre dando manotazos en el agua, y que se arroja intrépido a salvarlo de una muerte cierta, y que a duras penas lo consigue, depositándolo hecho una esponja en la orilla.

—"Polvorón", me debes la vida—dijo el guarda sacudiéndose como perro de lanas.

—¡Vaya; una trampa más!—contestó "Polvorón"—. Pues era lo "uniquito" que no debía, y ya está a "réitos".

—Hombre, no—replicó el guarda—; "ná" de "réitos"; era mi "debé". Ahí te queas, que voy a mi "chosa" a "muarme". Hoy por tí y mañana por mí.

—No tengas "cuidao"—masculló "Polvoroncillo"—, que en cuanto yo te vea "ajogándote"... me tiro "ensima" de ti, ¡so ladrón!, "pa" jundirte" bien.

Y sin esperar la réplica, echó a correr. Había divisado nada menos que un árbol, de donde pendía un columpio puesto allí por los chicos de la escuela. ¡Casi nada!

Rápido como el pensamiento, y cogiendo la cuerda, se encaramó en la copa del árbol, la ató fuertemente a la más alta rama, hizo un nudo corredizo, introdujo por él la cabeza, y se dejó caer, suspendido en el espacio.

Estaba escrito que "Polvorón" no podía suicidarse. El nudo corredizo no corría. Nuestro hombre sentía la opresión de la cuerda en la sotabarba, pero nada más.

El guarda, que vió la maniobra, se llegó todo espantado.

—Pero ¿qué haces, cristiano?

Y "Polvorón", ya impotente contra su destino, cara al sol, hecho un pingo, chorreando agua como un trapo mal escurrido, contestó desalentado:

—¿Que qué hago, asesino? ¿Pues no lo ves? ¡¡Secándome!!

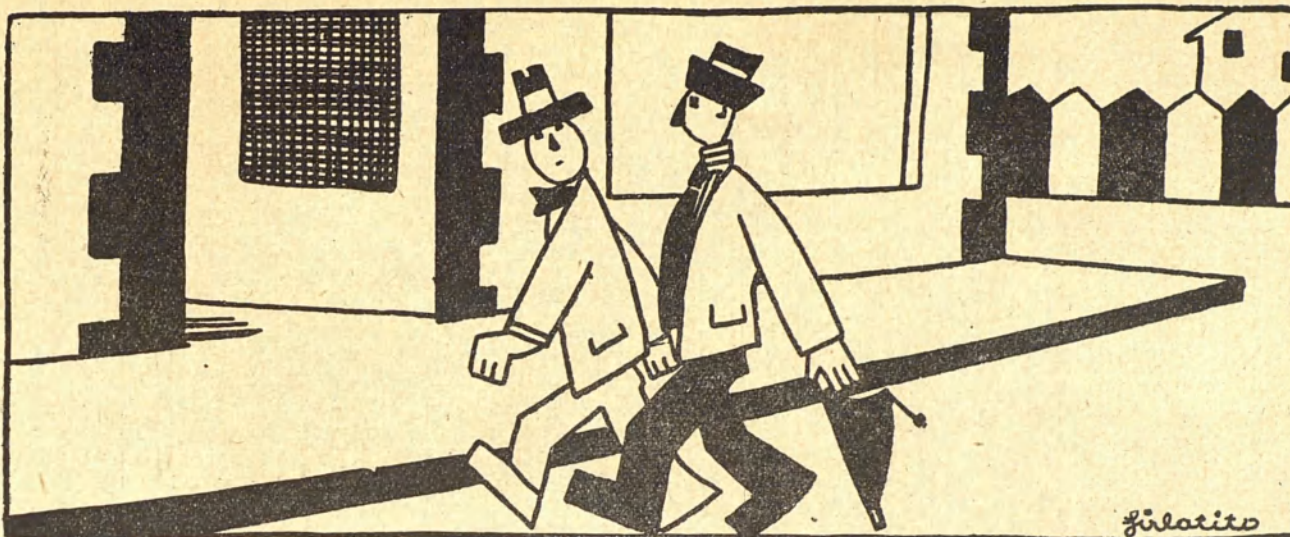


—¿Quién será este tío?

—¿Pues no le estás viendo el tenedor? ¡El rey de los cocineros!

Dib. URDA.—Barcelona.

PEDRO PEREZ FERNANDEZ



—Mi mujer gasta unas medias que van por fuera de los zapatos.
 —Carambita, qué cosa más rara.
 —Sí; son las “medias suelas”.

Dib. FIRLATITO.—Madrid.

¡PERSONAJE, NO!

A Dios en mis oraciones
 le pido todos los días
 que me den las obras más
 muchísimos *ptacones*.
 Que todo cuanto haga, *cuaje*.
 Que me enriquezca en seguida;
 pero ¡por Dios!, que en la vida
 llegue yo a ser *personaje*.
 Y no es que yo sea modesto,
 ni que el postín no me encante;
 es que yo sé lo molesto
 que es ser persona importante.
 ¡Eso de no poder ir
 de incógnito en ningún viaje;
 y de tener que vivir
 en un perpetuo homenaje!
 Los que lo ven desde fuera
 lo crerán goloso acaso
 y es que en su vana ceguera
 no se ponen en el caso
 del que tiene a cada paso
 que ponerse la chistera
 para presidir entierros
 o ser de una comisión;
 o cargar con un *pendón*;
 o, con un tiempo de perros,
 ir en una procesión.
 ¡Y cuando el *personajete*
 pasa por el trance amargo
 de tener que ir a Alcaudete,
 Calatayud o Albacete,
 por deberes de su cargo!
 Primero la recepción
 que goza en cada estación
 y el consabido discurso
 por el alcalde en cuestión,

sin que le quede recurso
 de encerrarse en el vagón.
 Porque en cuanto que se enteran
 de que va a pasar, le esperan
 numerosas comitivas.
 —Señor, son las fuerzas vivas.
 —¿Vivas dices? ¡Que se mueran!
 Esto lo piensa el cuitado;
 mas disimula su enojo
 y tienen por descontento
 que hacer un improvisado
 discurso, aun cuando esté flojo,
 incómodo, despeinado,
 con una china en un ojo
 y un colosal constipado.
 Y al punto de su destino
 llega al fin harto de tren;
 y quiere su negro sino
 que sobre el mismo andén
 caiga un aguacero fino.
 Y tras mil presentaciones
 el municipio de tanda
 dice entre genuflexiones:
 —Estos, señor, son la *banda*.
 Y él masculla: “de ladrones”;
 pero tiene, ¡por calzones!,
 que seguir anda que anda
 escuchando comisiones;
 y demanda tras demanda,
 sufriendo una zarabanda
 de chillidos y empellones.
 Y luego, lo natural:
 Visita a la Catedral.
 Discurso sobre la altura
 del balcón municipal
 y subida a Peña-Dura,

dejándose una herradura
 entre cada matorral.
 Y banquete en el Casino.
 Y champanada en el *Clú*.
 Y una *fabada pichú*,
 que le hace en el intestino
 el efecto del *cauchú*;
 y uno que pide un destino,
 y un concejal que hace *mú*
 porque es un poco *bovino*.
 Y en la calle un *beduino*
 que va y le llama de *tú*.
 Y al volver de la excursión,
 si logra salir con vida,
 el superhombre en cuestión,
 va con la espina partida
 derecho a la Dirección,
 Organismo o Comisión
 que le ordenó la partida,
 y dice: “¡Mi dimisión,
 mi dimisión en seguida!”.
 Y en fin, felices, señores,
 aquellos que los favores
 de la gloria no gozamos;
 porque hay que ver, sin honores,
 lo a gusto que lo pasamos.
 ¡Qué amable no es un viaje!
 ¡Qué sana nuestra comida!
 ¡Qué cómodo es nuestro traje!
 ¡Señor: de mi suerte cuida,
 y haz que cuanto escriba *cuaje*;
 mas por tu Madre querida
 no se te ocurra en la vida
 convertirme en personaje!

JAVIER DE BURGOS



—¡Pero, chico! ¿Dónde vas tan de prisa? Pues anda, ¡ni que fueras a apagar un fuego!

D.b. CASERO.—Madrid.

Más quisicosas

I

UNA SÚPLICA EN SERIO

Hoy que está el mundo revuelto;
hoy que amenazan las quiebras
al capital y está visto
cómo el hambre al hombre acecha,
los ricos tienen al cabo
recursos mil de reserva
para salvar cuantos baches
en sus caminos encuentran,

y los obreros, que advierten
que el bolcheviquismo aprieta,
también consiguen ventajas
haciendo valer su fuerza;
mas los que no somos ricos
ni estamos en la miseria,
logramos muy malamente
salir de esta vida perra.

En vista de ello, ¡oh, Dios mío,
que riges cielos y tierra
y en todo sueles fijarte

por muy pequeño que sea!,
si vuelvo a nacer, te pido,
por todo lo que más quieras,
que me hagas de cualquier clase...
no siendo la clase media;
porque esa es la que tributa
y a esa es a la que revientan,
ya que ni asusta al que manda
ni tiene cuatro pesetas.

II

A PUNTO DE CARAMELO

Cuatro coplas

¡Ay, quién fuera caramelo
cuando con tus labios choca
y le haces llegar al cielo...
del paladar de tu boca!...

¿De mi boquita deseas
un caramelo, mi niño?
¡Tómalo, para que veas
a lo que sabe el cariño!

Te entrego en este papel
mi caramelo mejor.
¡Quién sabe si dentro de él
habrá algún germen de amor!

Ciruela acaramelada
es, por lo dulce, Carmela,
y es su mamá idolatrada
¡el hucso de la ciruela!

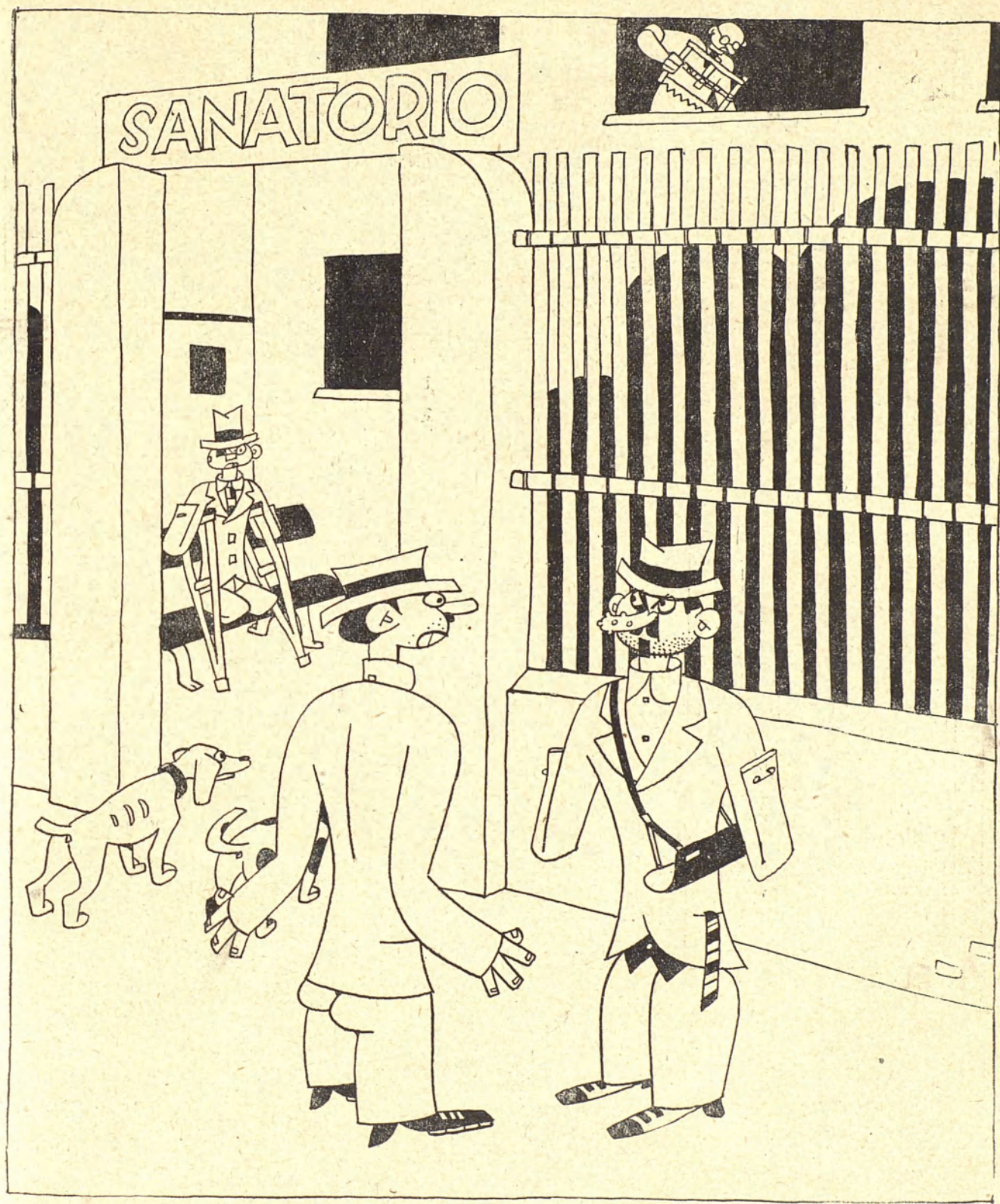
III

UNA ERRATA

Ha tiempo que dos ladrones
un robo hicieron a Pía,
la esposa de Mata, un día,
y hubo contra ellos sanciones.

En varias publicaciones
salió la noticia ingrata,
y en una, con esta errata:
“Penados los cacos fueron
por el *sobo* que la hicieron
a la señora de Mata.”

JUAN PEREZ ZUNIGA



—Pero ¿qué es eso, don Froilán? ¿Es que se le pasó el mal al otro brazo también?
 —No. Es que llevaban quinientas pesetas por amputármelo, di un billete de mil y, como no tenían cambio, me han cortado los dos.

Dib. GARRIDO.—París.

La gruta prehistórica

Nos detuvimos unos instantes ante el montículo que de improviso rompía el nivel del valle. Después continuamos la marcha hasta que, una vez escalada la altura, nuestros ojos advirtieron un agujero abierto en la roca.

—Esa es la entrada—dijo mi amigo luego de respirar fuerte.

Confieso que la noticia no me produjo emoción alguna. El que aquella fuera la entrada de la gruta y el que en la gruta, a creer las aseveraciones de mi acompañante, hubieran vivido humanos seres en la brumosa época de la prehistoria, traíame, en el fondo, sin cuidado. Y digo en el fondo porque, bondadosamente, para no entibiar el entusiasmo del amigo, yo venía fingiendo desde tiempo antes un interés grande por todo lo que se relacionase con la exploración del horadado peñasco.

—De modo que ahí dentro...

—Ya verás. Una caverna prehistórica descubierta por mí el año pasado.

Esperé a que llegases para recorrerla en su totalidad. ¿No me lo agradeces?

La pregunta, pese a la impresión que me produjo, había sido hecha de buena fe. Dije que sí, que le agradecía mucho que me hubiese esperado y que lo único que lamentaba era que mi falta de conocimientos me impidiese admirar en todo su valor el espectáculo que me ofrecía.

—¡Bah! No digas simplezas. Para comprender el mérito de estas cosas no hace falta ser un entendido—repuso.

Me entregó una de las dos lamparitas eléctricas que había traído en su mochila y penetró resueltamente en la gruta. Yo le seguí, no sin antes echar una rápida ojeada al paisaje que iba a abandonar hasta sabe Dios cuándo... El cielo, el sol, los árboles, la tierra envdecida tuvieron en aquella fugitiva visión un fulgor alegre, sano, optimista, que borraba por completo los sinsabores de la penosa jornada.

...

—Enciende la linterna... ¡Eh, cuidado! Baja un poco la cabeza y fíjate en dónde pones los pies, que el suelo está resbaladizo. ¡Bien! Dime ahora, ¿qué te parece esto?

Nos encontrábamos, tras de la angostura de la entrada, en un amplio recinto. Las paredes, de granito, eran irregulares. Arriba, en la bóveda, el agua, filtrándose lentamente y gota a gota durante siglos, había construido un caprichoso artesanado de estalactitas. Al fondo, un túnel marcaba la ruta a seguir.

—Muy bien—respondí a la pregunta.

—Pues ahora contemplarás la parte más interesante. Oye, ¿no te hace gracia el pensar que tú, tan ajeno a todo esto, no eres sino un descendiente del salvaje que hace siglos gruñó aquí la satisfacción de tener un hogar, un hueso que roer, un arma de piedra fabricada por él mismo y una mujer horrible, musculosa y peluda?

Hizo una pausa y añadió:

—Vamos. Tengo la esperanza de que encontraremos alguna pintura rupestre...

—Lo malo sería encontrarse con el modelo—bromeé yo—. La presencia de un megaterio o de un mammoth no me haría mucha gracia.

Penetramos en el túnel. Allí se advertía, en efecto, la mano del hombre. No obstante la labor del tiempo, pudimos contemplar el resultado de aquella otra labor que pulimentó la roca con la roca, en titánico esfuerzo. La galería era sinuosa como un laberinto. De improvi-



El de arriba.—¡O me sueltas, o me lio a bofetadas!

Dib. PALOY.—Madrid.

OROCREMA
ALMENDRAS

EL SABOR POPULAR
ESBELLECE LA PIEL



LOS
PERFUMES
DE TASARA
BADALONA

PARELLADA

so, un desnivel del terreno estuvo a punto de dar con mi cuerpo en tierra.

—¡Caray! ¡Bien podía haber hecho aquí unos escaloncitos el hombre primitivo!—grufí.

—Ya estamos en la vivienda—dijo mi amigo.

El túnel se ensanchaba hasta formar una amplia rotonda de la que surgían, a su vez, varias ramificaciones.

—Hasta aquí—añadió—llegué en la exploración que hice cuando descubrí la gruta. Ahora penetremos por esas galerías... Pero antes quiero que admire el eco que hay en esta sala. Verás. Yo me coloco en el centro, levanto la cabeza y grito: ¡Oh!...

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!—repitió el eco.

—Ahora tú.

Me colocó en el sitio que antes ocupaba él.

—¿Qué digo? No se me ocurre nada.

—Cualquier cosa, hombre. Di, por ejemplo: ¡Ah de la casa prehistórica! Grité la frase, y aun no la había concluido cuando me respondió el eco:

—¿Quién va?

—Eso... Eso no parece...

—No lo parece, no.

—Entonces...

Hicimos un silencio medroso e instintivamente nos aproximamos el uno al otro.

—El eco nunca dice cosas distintas de las que uno pronuncia, ¿verdad?

—Yo creo que no. Repite la experiencia, a ver.

—¡Ah de la casa prehistórica...!

—¿Quién va, hombre, quién va? ¿Qué escándalo es ese? ¿No conocen ustedes las reglas de educación para entrar en una casa ajena?

La voz se iba aproximando y, de repente, surgió ante nosotros la figura de un atleta, de un gigante, de un monstruo cubierto con pieles, de enmarañada barba y larga melena, que nos miró y dijo despectivo:

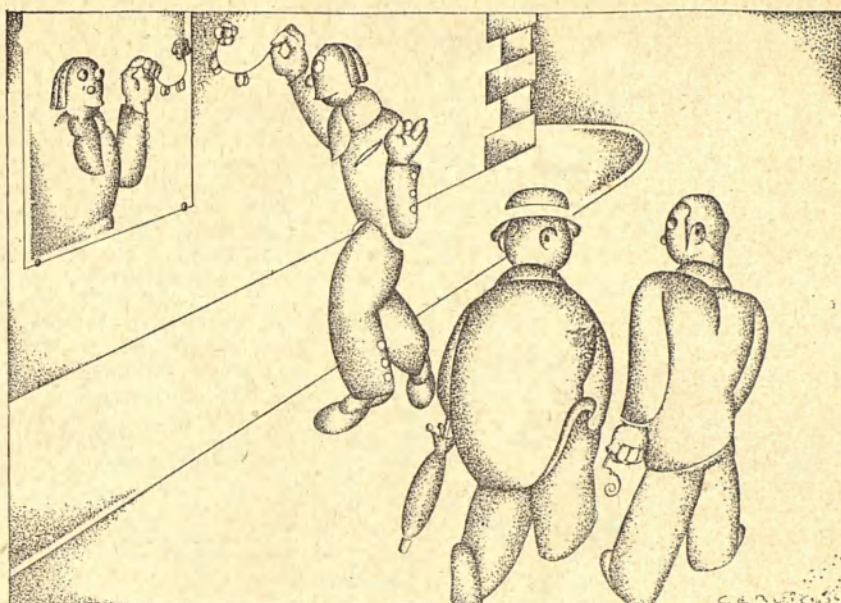
—¡Ya! Unos turistas. Pues aquí me tienen ustedes. Yo soy Tudd, el dueño de esta casa. ¿Qué se les ofrece?

—Nada. Nosotros...

—Ustedes me van a dar ahora mismo cinco pesetas cada uno, que es lo que vale la entrada. ¡Pronto! Bueno, así me gusta. Con los visitantes obedientes no hay discusión posible. Buenas tardes, señores.

Nos cogió a cada uno por las solapas, nos elevó y, de un solo impulso, nos arrojó fuera de la gruta. El paisaje comenzaba a entenebrecerse con los primeros tintes del crepúsculo.

JOSÉ SANTUGINI



—Mira: ése es el marido de Ernestina Gómez, la poetisa.

—¿Ese? ¿Y qué era antes de casarse con ella?

Dib. CERVIGÓN.—Madrid.



El pequeño.—No se fie usted de las apariencias. Aquí donde usted me ve, soy capaz de levantar sesenta libras con una mano.

El alto.—No lo dudo. ¡Pero serán esterlinas!

Dib. LICEBRA.—Cartagena.

Un lechón mariposa

I

Nadie comprendía cómo a José Rodríguez, cañi de nacimiento, le llamaba todo el mundo "Tricornio", dadas las escasas relaciones amigables que mantenía con el benemérito cuerpo que se toca con tan charolado sombrero.

Seguramente era debido a ese placer malsano de las multitudes, que gozan con las bromas sangrientas.

Pero lo más curioso era que nuestro amigo atendía por su apodo. No cabe duda que a todo se acostumbra uno en este mundo.

Muy de mañana salió "Tricornio" de Chiclana para efectuar no sé qué negocio de *ganao*, en los que era un verdadero financiero.

Iba, como siempre, ensayando por *ba-jini* una letra nueva de un fandanguillo que acababa de aprender. Me parece que era así:

"Yo quisiera se flamenco
pa taparme con los tufos
cuatro granitos que tengo."

.....

Su optimismo no era sólo hijo de su raza gitana, sino también porque ya veía en lontananza brillar el caserío del ventorrillo del "Pájaro", donde mataría el *gusanillo* matutino con una buena ración de *cazalla*, capaz, no digamos de despeñar a un gusano más o menos mañanero, sino de asesinar a una *bicha* (¡perdón!), por muy *boa* que fuese.

Llegado que hubo a la venta, reclamó:

—¡Hermenegildo!

—¡Hola, "Tricornio"! ¿Qué hay?

—Traete una mijita e cazalla, que tengo el estómago como una arcoba vacía.

—¡Como las balas!...

Mientras olía y saboreaba el aguardiente oyó el gruñido penetrante e inarmónico de un cochinito que no debía estar lejos. A "Tricornio", sin embargo, le pareció el dulce canto de un ruiseñor en la arboleda...

Como el que no quiere la cosa se levantó del poyete que le servía de asiento y fué a enterarse personalmente de dónde surgía el sonoro lamento. Cerca, en un corralillo, pudo distinguir al *autor*, y una vez situado el cerdito, llamó de nuevo, pero más familiarmente:

—¡Gildo!

—¿Qué pasa?

—Toma y cóbrate.

—¿Aónde vamos?

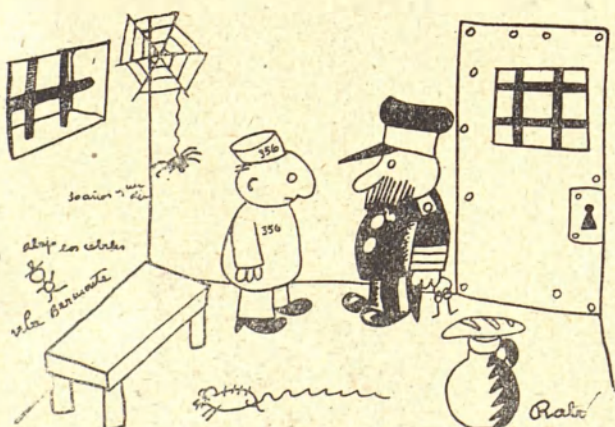
—Aquí cerca, a un negocio e ganao; pero veremos cuándo pueo gorré... Adiós.

—Adiós, y güena suerte...

II

Dormía la campiña con ese sueño pesado y bucólico de los bebedores de *whisky*, cuando un bulto indeciso, al par que técnico del terreno, se ocultaba tras las tapias anunciadoras del ventorrillo.

Al poco tiempo surge de la cuneta de la carretera nuestro amigo "Tricornio" llevando como a remolque, y guiado concienzudamente por una varita (con no sabemos qué sustancia alimenticia en la punta) un pequeño lechón, grasiento y ronroneante. Toda esta faena, como ustedes comprenderán, sin permiso de Hermenegildo, que dormía en su propia salsa...



—¿Nombró usted abogado defensor?

—No.

—Entonces, ¿qué piensa usted hacer?

—Fugarme en cuanto pueda.

Dib. RABÁ.—Madrid.



El profesor.—... y es tan activo este veneno, que una sola gota depositada en la lengua de un gato es suficiente para matar instantáneamente al hombre más fuerte.

Dib. PACO.—Madrid.

Ya empezaba a clarear el nuevo día cuando comprendió que, dada la poca velocidad del puerco, era temerario entrar en Chiclana con tan agradable compañía. Seguramente extrañaría a sus deudos y conocidos.

Decidió echárselo al hombro, y cogiendo al animalito por las cuatro patas *jamoner*as lo amoldó a su espalda, quedando el mamífero hirsuto y prosaico a guisa de suave y elegante *renard*...

Iniciaba el canto de un nuevo fandanguillo cuando brilló en el horizonte de la carretera un par de *tocayos* de su apodo, como para emigrar. Tras los correspondientes tricornios fué apareciendo la pareja benemérita.

El primer deseo de nuestro héroe fué comerse el cerdito, fuese como fuese; pero no le dió tiempo y esperó a ver qué pasaba.

—¡Güenos días, "Tricornio"!

—Mu güenos, señora pareja.

—¿Qué hay de nuevo?

—Na; caló que va a jase hoy.

—Pue usté ya va abrigao.

—¿Y ezo?

—¡Hombre, por ese *boa*!

—¿Cuá?

—¡Eze, hombre! ¿Y de dónde lo ha sacao usté?

—Pero, ¿er qué?

—Ese cochinito, hombre. Ese que lleva usté ahí en la espada.

Y nuestro amigo "Tricornio", sin imutarse y agitando una mano como quien espanta a un insecto, exclama:

—¡Ah! Pue ze me habrá posao.

PEDRO RISTORI MONTOJO



—¡Ya ves, Roberto! Para que aprendas a no quejarte. ¡Fijate las mujeres salvajes cómo van de pintadas!

Dib. CASTANY.—Barcelona.

Señor alcalde mayor.....

Señor alcalde mayor; no prenda *usté* a los ladrones...: o préndalos, como quiera; pero no limite usted su actividad edilicia al encarcelamiento de unos pobres para quienes, en efecto, la propiedad es un robo, porque tienen que robar si quieren ser propietarios.

El robo después de todo... ¡qué demonio!... ¡resulta tan discutible!... ¡tan oscuro y relativo!... Sale a la calle un señor con diez relojes... Luce los diez por lucirlos. Ninguno le hace falta: él sale a perder el tiempo, y no ha de utilizar esos relojes para ninguna de las dos aplicaciones que tienen los relojes: la pignoración y la hora. El señor de los diez relojes no necesita empeñarlos, ni saber en qué hora vive; para él todas son buenas. En cambio hay otro señor que tiene que llegar a la oficina o al taller a la hora en punto: y ése no tiene reloj. Si le coge uno al de los diez ¿qué haremos con este hombre? ¿Le conceptuaremos ladrón y le llevaremos, *ipso facto*, señor alcalde mayor, al Saladero?

¿No podemos más bien conceptuarle como empleado modelo que quiere, por

no faltar a la hora, adquirir con arreglo a sus medios, un instrumento, para él convenientísimo, de puntualidad en el trabajo?... ¿No le dan, señor alcalde, ganas de decir al otro, al de los relojes diez: "Pero *so ladrón*, si te sobran por lo menos nueve y medio, por qué no le das uno al pobre infeliz ese a quien por faltarle todo le faltan hasta los minutos?

No hemos de entrar, sin embargo, en consideraciones de este orden. Lo que nos ocupa en este instante y nos proporciona el placer de dirigirnos a Usía es otro asunto.

Hace días, un asunto de familia nos puso en relación con un letrado del Ayuntamiento de Madrid. Carta recibida en casa nos decía que para ventilar aquel asunto convenía dirigirse al señor X y Z, asesor del Ayuntamiento. "Vive —nos decían por carta— en la Avenida de la Plaza de Toros, no puedo decirles qué número."

Nosotros, en vista de eso, cogimos el teléfono y llamamos al Ayuntamiento de Madrid, al número del Ayuntamiento de Madrid, que nos pareció más propio y adecuado al fin que perseguíamos.

Sobrevino, por supuesto, lo de siempre: —Ah, sí... ¿el señor X y Z? Voy a ver...

Y después de unos momentos:

—No está por las tardes, señor: llame usted por la mañana.

Al día siguiente llamamos. Es por la mañana. Contestan:

—¿El señor X y Z?... No es aquí... Su departamento no es éste...

Nos extraña. ¿Cómo es eso? ¿No habían ido la tarde anterior en busca del señor X y Z?... Pero ¡bueno!, así sería...

—¿Dónde podríamos entonces llamarle, hace el favor?

—Llame usted al *m. n. l. l. l.*

—Ah, muy bien... Muchísimas gracias. Llamamos.

—¿El señor X?

—El señor X?... Ah, sí... es un letrado...

—¿Eso mismo!...

—Sí, ya... pero no es aquí...

—¿No es el *m. n. l. l. l.*?

—Sí, señor; pero esto es la Plaza Mayor y ese señor está en la Casa de Cisneros.

¡Nada menos!... En el propio Ayuntamiento nos mandaban nada menos que a otra provincia. ¿Adónde llamar, entonces?

—¿Nos podrá usted decir a qué número llamamos?

—Llame usted al *l. l. m. l. n.*

—Vaya, pues, adiós, muchas gracias. Llamamos al *l. l. m. l. n.*

—El señor X y Z.

—¿El señor X y Z?... Es un letrado...

—¿Eso mismo!

—Pues no es aquí.

—¿Que no es?... Pero... ¡*m. c. e. d. l.* no es el *l. l. m. l. n.*?

—Sí, señor; es ese número, pero este Departamento es el de *Servicios eléctricos*.

—Ah, ya... Nos habían dicho en el *m. n. l. l. l.* que llamáramos ahí... ¿Dónde podríamos, entonces, llamar al señor letrado?

—Los letrados no tienen teléfono... Ahora que, si se le avisa, vendrá.

¡Santa Madonna!... Pues, ¡eso, justamente, era lo que deseábamos!... ¡Albricias!... ¡Cómo premias, oh, señor, la perseverancia!...

—Entonces, ¿me quiere hacer el favor de avisarle?



—¿Su cumpleaños?

—El día de Santo Tomás.

—¿De Aquino?

—¿De aquí? No, señor; yo soy de Masallalejo.

Dib. Ap.—Madrid.

—Va en seguida.

Se escriben tratados psicológicos de todo: del homosexual, del cretino, del cleptómano, del retrasado mental, del paranoico; pero no se escriben tratados acerca del funcionario; y dentro del funcionario, del funcionario del Estado o del Municipal, como variante. Y es lástima, gran lástima. ¿Qué microbio o qué complejo impide al funcionario funcionar? ¿Qué maquinaria tópica y extraña podía constituir el aparato psicológico y anímico de aquel "probo funcionario" que estaba en el aparato? Si no quería llamar al señor X y Z, ¿por qué después accedió? Si, por el contrario, iba a acceder y a ser amable ¿por qué no se dió el gustazo de serlo desde un principio?; y no que se molestó, pero antes nos molestó, y lo hizo de tal modo que en vez de agradecerle todo aquello, hubimos de pensar: "Pero ¡qué idiota de tío!..."

Pero bueno, ya decimos, señor alcalde mayor, que esto es "lo de siempre"; ya queda consignado nuestra convicción firmísima de que esto—todo esto—es una enfermedad, un estado del sirviente del Estado, estado de infarto agudo que exclama: "¡El Estado soy yo!... ¡no vayas a figurarte, ciudadano, que aquí vamos a estar para lo que a ti se te antoje!..."

Todo esto es lo normal, y no es cosa de extrañarse de que haya fresa en junio y catarros en enero.

Lo grande fué lo de luego. Requerido que fué. (No deje, señor alcalde, de fijarse en el galano escorzo de esta frase.) ...requerido que fué el señor X y Z para que se personara en el teléfono, se personó, en efecto, un caballero:

—El señor X y Z está despachando ahora: llame luego.

Ah, muy bien, perfectamente. Pero nosotros hubimos de pensar que en vez de andar molestando a los funcionarios edilicios, sería preferible averiguar el domicilio de X y pasar, sencillamente, por su casa. Preguntamos, por lo tanto, a nuestro interlocutor:

—Me haría usted el favor de decirme el domicilio del señor X y Z?

Y entonces, señor alcalde, fué lo bueno. Aquel amable señor contestó lo siguiente:

—Eso no puede decirse sin mandato judicial.

¡Nos espeluznamos, usía! El pobre señor letrado ¿estaba secuestrado o qué pasaba? ¿Tendría tantas deudas—¡el deber ante todo!—que habían de ocultar su domicilio, por compañerismo, los demás asesores y viceasesores del Concejo? ¿En qué caso y circunstancia excepcional podía encontrarse el letrado señor X para que con tanto celo celaran su paradero?

Nosotros, señor alcalde, preguntábamos aquella dirección con toda nuestra inocencia; sabemos que hay en Madrid un anuario-guía donde aparecen, sin mandamiento judicial, los nombres de los vecinos, con su dirección correspondiente. No podíamos, pues, suponer que esta

lealtad domiciliaria—podríamos decir—que ostentan, en general, todos los vecinos de la Corte, no fuese también aplicable a los asesores edilicios.

Por eso nos dirigimos a usía, señor alcalde: para que nos aclare vuesarced la razón de ese mandamiento. Conocíamos diez mandamientos que nos privan de no pocas cosas; pero este mandamiento judicial que ahora nos han exigido—y juramos a usía que es histórico lo que le estamos contando—lo desconocíamos del todo.

¿Se puede, señor alcalde, saber lo que se debe?

MANUEL ABRIL



Procedimiento adoptado por los peatones contra el tráfico de los autos en las carreteras.

(De London Opinion.)

DEL BUEN HUMOR



CUENTOS JUDÍOS

Un rico judío se traslada un día a la ciudad vecina. Se detiene en el albergue del viejo Mendel y manda que le echen un pienso a su caballo mientras él se come un trozo de carpa y un poco de hígado.

Terminada su comida, se dispone a partir. Pero se da cuenta de que le han robado el caballo y empieza a dar terribles gritos.

—¡Me lo ha robado alguno de aquí! ¡Juro que como lo encuentre lo pagará caro!

Todos los rostros manifiestan el terror que les inspiran estas palabras.

—¡Sí!—sigue gritando sin respirar—, si no me devuelven en seguida mi caballo, verán ustedes lo que pasa! ¡Tendré que hacer lo que hizo mi padre! ¡Sí, exactamente igual que lo que hizo mi padre en una ocasión como ésta!

Un judío ha desaparecido mientras tanto, y vuelve a poco anunciando que el caballo se había alejado solo y que ya lo ha encontrado. Al hablar así tiembla, y sin esperar a que le den las gracias, pregunta:

—Pero, bueno, ¿qué fué lo que hizo su padre?

—¿Que qué hizo mi padre? ¡Ah! ¡Pues que se tuvo que volver a casa a piel!

Un viejo judío polaco visita un cementerio judío, en París, guiado por uno de sus correligionarios.

—Fíjate—dice éste—; ésa es la tumba de los Rothschild.

El viejo contempla detenidamente la tumba y dice:

—¡No me hables!... Estos, por lo menos, saben vivir.

Un judío fué a ver a Mosché para proponerle un casamiento.

—Una joven que está lo que se dice muy bien. Puede usted casarse con ella con enterísima confianza. Ya verá usted de qué gran felicidad me va a ser deudor. Mi querido amigo, ¡y que posee un ajuar, todo un ajuar, como pueda desearlo cualquier novio! Sólo que—¿cómo decirle a usted?—, a pesar de todas estas cualidades, o quizá a causa de todas estas cualidades, no tiene dote.

—¡Bah, eso no me importa!

—¡Ah!, tiene un pequeño defecto: que no oye bien de un oído.

—¡Bah, eso no me importa!

—Ahora debo decirle que no ve muy bien de un ojo.

—¡Bah, eso no me importa!

—Además, cojea un poco.

—¡Bah, eso no me importa!

—Aun tengo que decirle otra cosa, pues creo que hay que decirlo todo para evitar sorpresas desagradables: tiene un poco de joroba.

—¡Bah, eso no me importa!

—¡Ya decía yo que era usted un hombre inteligente, Mosché! Vístase usted—¿quiere?—y vamos a hacerle una visita a su novia.

—¿Para qué? Le he dicho a usted que “eso no me importa” porque, en realidad, nada de eso me interesa, ya que no quiero casarme con ella.



El magistrado.—Tengo entendido que ésta es la quinta persona que usted ha atropellado.

El automovilista.—Perdón, señor; es la cuarta, porque a una de ellas la he atropellado dos veces...

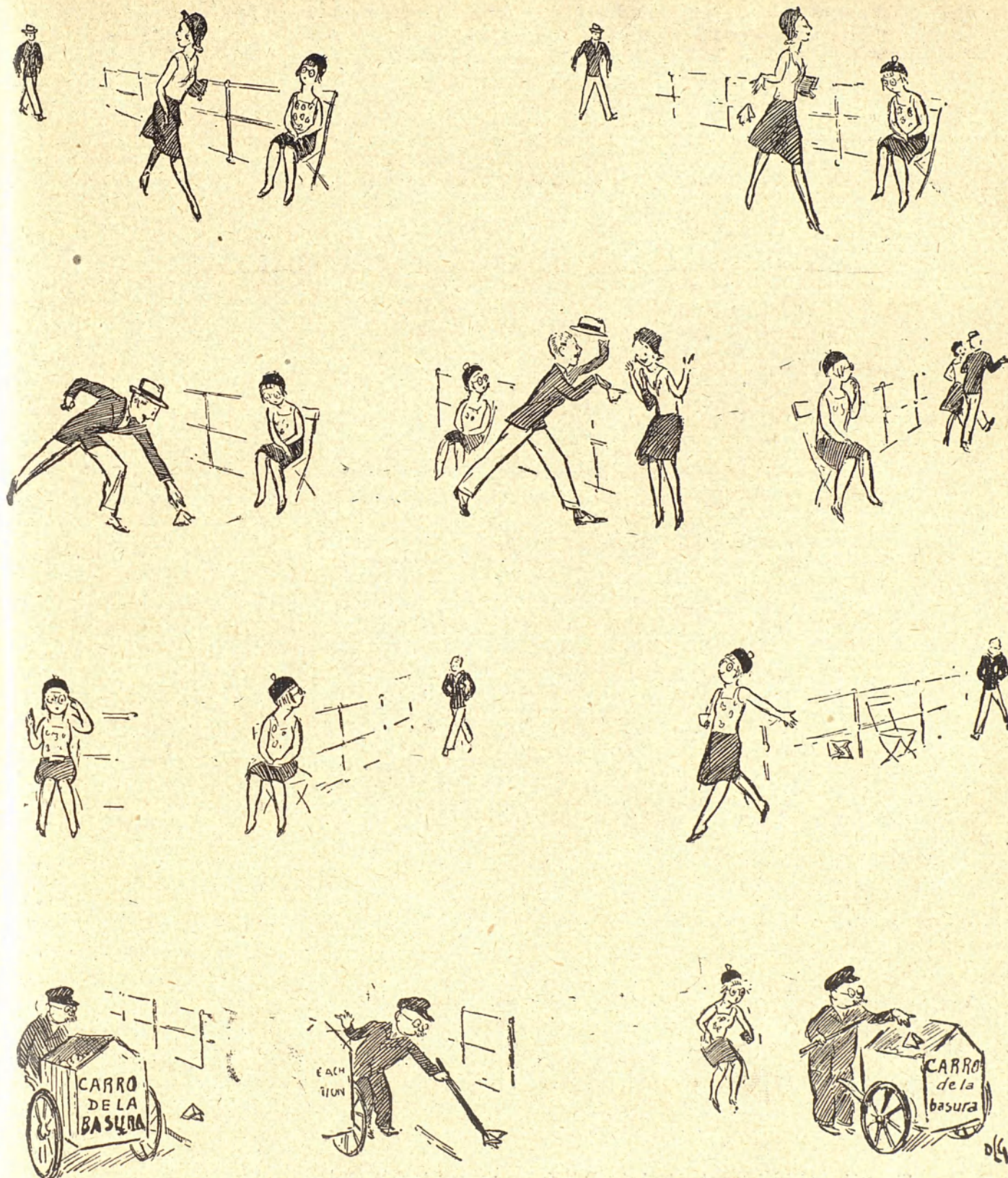
(De The Passing Show.)

Al día siguiente de un pogromo, los judíos organizan una sección de defensa. Los delegados recogen armas. Sabiendo que el viejo Hirsch tiene un revólver, van a buscarlo.

—Es verdad que tengo un revólver. Pero, ¿cómo quieren ustedes que se lo dé? Supongamos que esos miserables vienen aquí. ¿Qué voy a hacer yo si les doy a usted mi revólver?

—Pero olvida usted que si la policía lo encuentra en su casa le hará pagar una multa elevada o le castigará a usted incluso con la prisión.

—¡Ah, no hay peligro de que lo encuentren! ¡Lo he escondido en el granero!



HISTORIETA MUDA

(De The Humorist.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste en manera alguna un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes." Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

En una peluquería:

El oficial al parroquiano de turno, que se sienta:

—¿Quiere el señor afeitarse o cortarse el pelo?

El parroquiano, que sufre del estómago:

—Entonces, ¿para qué está usted?

Onitsuaf (Iraizoz, Navarra).

En la taquilla del teatro:

—¿Cuánto vale la butaca?

—Dos pesetas.

—Pues póngame media docena para el comedor de casa.

Pe. Re. Jil. (Barcelona).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

La cocinera (volviendo de la compra).—El tendero me ha dado el cambio equivocado.

La señora.—Vete al momento y arrégalo. Otra vez pon más cuidado.

La cocinera.—Si me dió dos pesetas de más.

La señora.—Vete al momento y que el tendero tenga otra vez más cuidado.

Citores (Ronda).

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.

FUENCARRAL, 26, y MONTERA, 15, primeros

La mejor casa de España en su género

—¡Chico, qué afeitado vas!

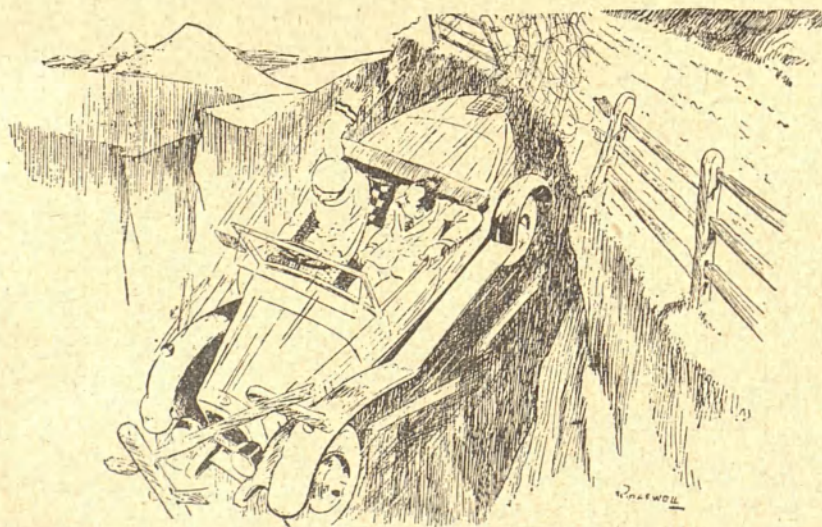
—¡Caramba! ¿En qué me lo has conocido?

José Luis (Valladolid).

Entre dos amigos:

—Pero ¿tan tacaño es tu padre?

—Fíjate si será tacaño, que



El marido.—¡Mira lo que has hecho! ¡Es la última vez que te dejo conducir el "auto"!...

(De Le Rire.)

ha suprimido los botones de la camisa y se abrocha el cuello en una verruga que tiene en la nuez.

K. K. O. (Castellón de la Plana).

En el Casino:

—A mí una caña, y a don Juan, lo que quiera.

—¿Qué desea usted? — le pregunta el conserje.

—Una cañita con patatitas.

—¿Pues no le han prohibido beber cerveza?

—Sí; pero me bebo el líquido y la caña me la llevo para el canario, que esta mañana ha roto la de la jaula.

Santiago Esteve (Carabanchel Bajo).

RADIOTELEFONIA

Aparatos de galena desde 5 pesetas. Aparatos de 1 a 7 válvulas. Aparatos para corriente industrial. ROMERO.—Fuencarral, 68.

—Qué, ¿le gustó a usted el cine sonoro?

—No le encuentro ninguna novedad.

—Pero ¿es posible?

—¡Claro! ¿No ve usted que soy sordo?

Justo Urbistondo (Madrid).

—Lo que actualmente gano no me alcanza ni para mantener a mis hijos.

—¿Y cuántos tiene?

—Ocho.

—¿Todos vivos?

—No, señor; también los hay tontos, pero comen lo mismo.

El bachiller Arlabán (Madrid).

En un baile de sociedad:
Dos amigos, uno de ellos
malagueño, mirando a una
buena moza:

—¡Camará, qué "jembra"!
¡Vaya unos ojazos! Eso no
son "niñas"; son mujeres he-
chas y derechas.

Licenciado San Román.

CANA



Invento Maravilloso
para volver los cabellos blan-
cos á su color primitivo á los
quince días de darse una lo-
ción diaria. Su acción es de-
bida al oxígeno del aire. No
mancha ni la piel ni la ropa.
Se aplica con la mano como
una loción cualquiera. La cas-
pa desaparece rápidamente.
Cuidado con las imitaciones
De venta en todas partes

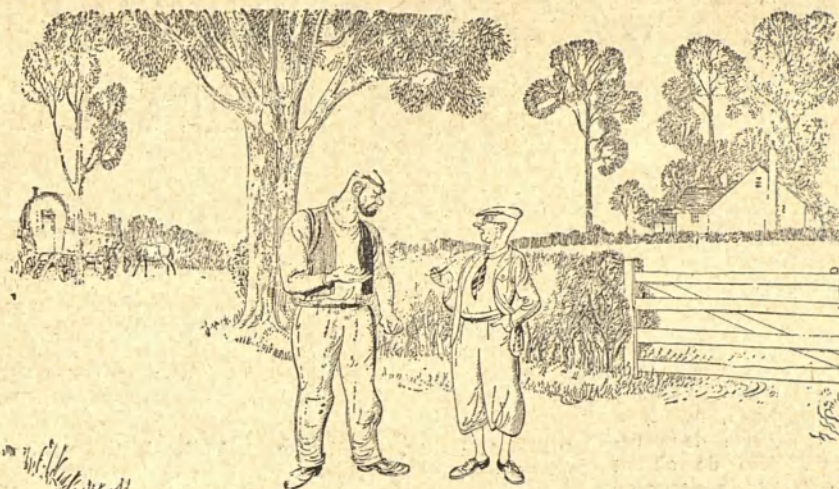
LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

En la Standard:
—¿No pueden callarse, seño-
ritas?
—Perdone; estamos en la
sección de K-bles.

E. Barroso Broin (Madrid).

—¡La bolsa o la vida!
—Les advierto que acabo de
perder en la ruleta hasta el úl-
timo céntimo que me quedaba.
—Bueno, pues haga usted el
favor de quitarse ese vicio, por-
que nosotros no estamos aquí
para perder el tiempo...

Caruso (Meira).



—¿Puede usted socorrer a un boxeador sin trabajo?
—¡Oh! ¿Y cuándo ha sido la última vez que ha boxeado usted?
—La última vez que no me han socorrido.

(De The Humorist.)

Un amigo.—Oye, ¿sabes que
la novela "La Hermana San
Sulpicio" la dan regalada?

Otro.—¿Cómo? No lo sabía.
El de antes.—Pues sí. ¿No
ves que es de Valdés?

M. Wu (Valencia).

—Oye—preguntó Eladio a su
amigo—, ¿podrías decirme qué
diferencia existe entre el cine
sonoro y el cine mudo?

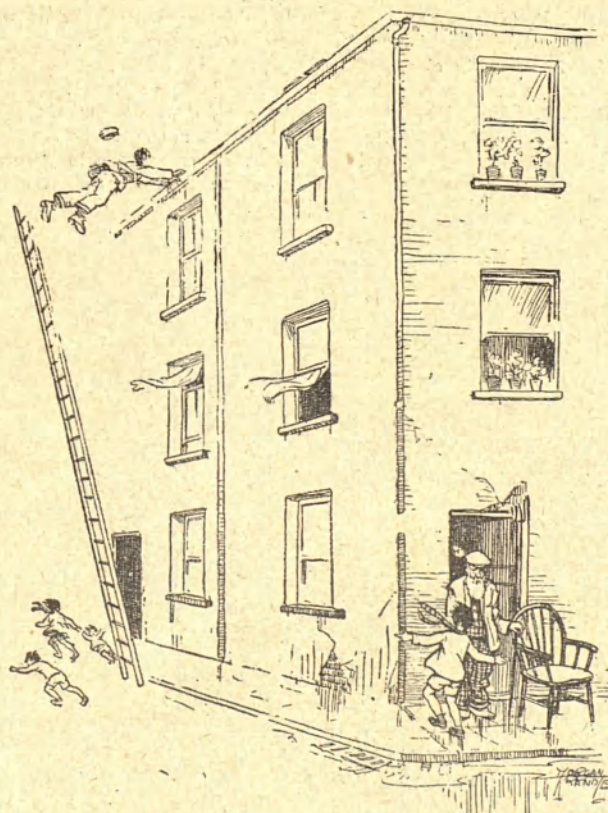
—Pues mira—le contesta el
amigo—. Cuando en el cine te
sientas al lado de una señora
y permanecéis ambos callados,
ese es el cine mudo; cuando
intentas algo feo y te llama
"sinvergüenza", ese es el cine
parlante, y cuando, cansada de
tu insistencia, te larga una bo-
fetada, ese es el cine sonoro.

K. K. O. (Castellón
de la Plana).

—Chico, te has hecho rey de
los aires en un abrir y cerrar
de ojos.

—Sí, hasta el aire me lo con-
quistó al "vuelo".

Aturusco (Santiago
de Compostela).



El chico.—Oiga, señor, la escalera del pintor se está
cayendo.

El viejo.—Bueno; díselo al pintor.

El chico.—Ya lo sabe.

(De London Opinion.)

CUPON

correspondiente al núm. 464 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a to-
do trabajo que se nos re-
mita para el concurso per-
manente de chistes o como
colaboradores espontáneos.



Correspondencia muy particular:



F. P. A. (Madrid).—¡Es una estrepitosa majadería que quita la cabeza con cuero cabelludo y todo!

T. R. M. (Cáceres).—La contestación a su artículo "La mina", por desgracia, negativa, recordamos haberla dado recientemente. Esto de ahora, "La torre Eiffel", a pesar de estar, como es natural, a mayor altura que la mina, tampoco nos ha convencido.

Colón V. (Huesca).—Usted será todo lo "Colón" que usted quiera, pero aquí no cuela usted.

B. R. S. (Pamplona).—De una sencillez y de una ingenuidad atortolantes.

J. N. O. (Sevilla).—Mal, mal, mal, lo que se dice mal, no está su trabajo. Pero bien, bien, bien, lo que se dice bien, tampoco lo está.

G. D. M. (Madrid).
¡Recontra, qué triste es eso del "Choque del tren expreso"! Como que desde que lo hemos leído estamos aquí todos llorando a completo moco y a furibunda baba.

P. T. A. (San Sebastián).—No es usted un humorista lo suficientemente desarrollado para que nos volvamos locos.

V. G. H. (Madrid).
No he visto en mi larga vida narración más aburrida.

Mary (Valencia).—¡Oh, Mary! ¡¡Oh, Mary!!... ¡No puede ser de ninguna manera!...

Calleño furioso (Afueras de Melilla).—No sirve, ilustre y furibundo (y suponemos que apócrifo) marroquí.

L. A. H. R. (Madrid).—No aceptamos trabajos en chino... ¿Que el de usted no está en chino?... ¡Pues que venga un perito calígrafo, y si consigue descifrárnosle, le regalamos una pianola y un chaleco de punto, pero que en el acto!...

Plaza (Málaga).—Ilustre amigo Plaza: no nos place.

D. C. Q. (Toledo).—Usted no tiene derecho más que a una cosa: a atracarse de paja y cebada y a ponerse gordo y lustroso por consecuencia de tan lógica y merecida alimentación.

F. D. P. (Zaragoza).
Su "Cuentecillo baturro" es un formidable churro.

B. C. J. (Madrid).—El chiste (suponiendo que pueda llamarse chiste) de su original dibujo (suponiendo que pueda

llamarse dibujo), es de una vetustez y de una mala pata arrolladoras. Y la perspectiva de la carretera es una perspectiva bastante triste.

N. de O. (Madrid).—Es tremendamente inadmisibile.

F. R. C. (Bilbao).—El artículo no sirve, porque además de estar hecho con lápiz, está hecho con los pies.

M. P. V. (Madrid).
Su cuento se titula "Sopa de leche".

Y nosotros decimos: ¡que le aproveche!... Porque da la triste casualidad de que a nosotros no nos aprovecha para nada.

Amigó (Granollers).
Querido amigo Amigó: una duda me estremece. ¿"Usté" es bruto o lo parece? ¡Dígame si sí o si no!...

González (Oviedo).
Te juro, amigo González, que para escritor no "valez".

Bien educado (Gijón).
Como usted está educado, le hablaré con buenos modos. Su cuento del jorobado nos ha jorobado a todos.

G. L. C. (Burgos).—Es indudable que es usted un fresco. Nos participa usted, además, que es de Burgos. Y nosotros, después de leer su artículo, sacamos la siguiente y meridiana conclusión: que es usted un reverendo queso. Por tanto, usted no llegará a ser un escritor notable; pero como es usted queso, fresco y de Burgos, vendiéndose en pedazos quizás podría usted sacar algún dinero. ¡Hágalo en seguida, que el éxito es seguro!...

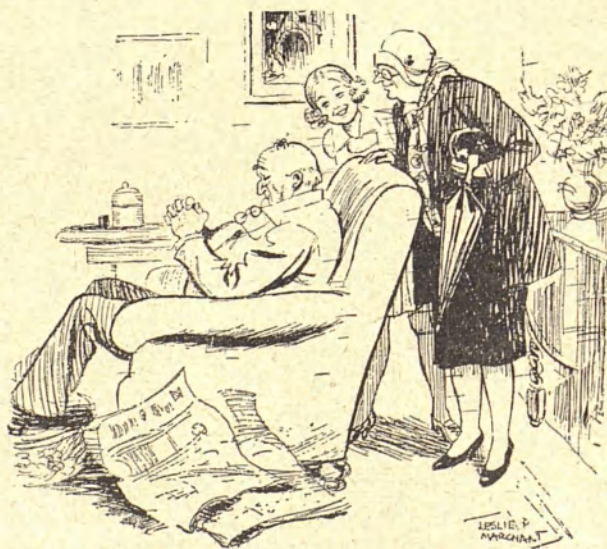
Morel (Madrid).
Nos manda este buen Morel dos arrobas de papel escritas por ambas caras, diciendo cosas tan raras que da compasión... (de él).

C. S. Y. (Córdoba).—Más malo que un día sin sol y sin dinero.

L. H. (Vigo).—No nos ha gustado, pero lo que se dice ni un modesto pimientito, su "Crónica de otoño".

P. S. M. (Madrid).
Elaborar un soneto hablando de Sisebuto, no es prueba de ser discreto, sino de ser tonto o bruto.

Manolo (El Escorial).—En la cuenca del caudaloso Amazonas, y dedicado al cultivo del caucho, es donde tendría usted el lugar más adecuado a sus condiciones, porque es que hace usted el indio con una perfección que sobrecoge al espíritu mejor templado.



—¡Qué gracioso! Tú abuelo tiene una araña en la cabeza.

—Es una araña de metal, que se la pone para espantar las moscas.

(De Jude.)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Compañía General de Artes Gráficas.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



Ayuntamiento de Madrid

El cliente (al camarero).—¿Quiere usted preguntar si su compañero, a quien encargué un café, sigue